

ESPÍRITU Y MISIÓN MARISTAS

De los diversos aspectos en los que uno puede centrarse al meditar sobre espíritu y misión maristas, mi interés se orienta ahora en un sentido concreto: un aspecto de la sencillez marista que me parece muy descuidado, tanto a nivel de autoridades como a nivel de hermanos, y que según mi parecer se debe a un desconocimiento explícito de su alcance tanto evangélico como antropológico y social. Al decir que está descuidado no se me escapa que, de hecho, que hay muchos hermanos que viven la sencillez marista con gran verdad, pero, a mi parecer, la perspectiva que quiero resaltar no se integra en la proyección institucional explícita con la profundidad y orientación que debiera tener, lo cual estaría generando situaciones institucionales conflictivas innecesarias. Esta perspectiva, al ser situada en un el contexto del mensaje evangélico, desvela una deficiencia seria que debe ser subsanada a nivel de relaciones entre hermanos, sobre todo entre autoridades institucionales de cualquier nivel y el resto de hermanos.

Recuerdo haber leído en René Girard, hace unos quince años, justo en Roma, que el Evangelio sólo puede convertirse en instrumento de violencia una vez que se ha hecho violencia contra él y se lo ha dividido. Es decir, que para poder justificar con el Evangelio la violencia, antes hay que descuartizar al propio Evangelio y seleccionar lo que se pone de mi lado, ignorando el resto. Si yo aplico esto a cualquier institución cristiana particular, ello significa que el espíritu que anime a esta institución, si bien tal vez no puede asumir un compromiso formal y expreso con todos los aspectos que el Evangelio de Jesús invita a vivir, sí exige algo esencial: que los compromisos que se asuman no desgarran el Evangelio por el otro costado, lo que es lo mismo que decir, que no desgarran la humanidad por otro costado. Dicho de otro modo: puede cerrarse la mirada sobre un aspecto esencial del Evangelio de tal modo que al atender un aspecto con la mano derecha, se descuartiza otro con la mano izquierda.

Si me permiten abrirme a una mentalidad de avanzada de buena ley, lo diría así: el ámbito de la fidelidad a Jesús, su mensaje y su misión, requiere de nosotros que miremos el mundo como un ecosistema llamado a ser evangelizado de tal modo que sepamos con claridad en qué medida nuestra misión particular colabora y no destroza el resto de misiones particulares que se integran a una misma gran misión evangelizadora. Esto implica tener una comprensión aceptable de la misión evangelizadora de Jesús y de sus seguidores, con el fin de colaborar a esa misión amplia que avanza no como departamentos aislables, sino como una realidad, podemos decir sistémica, o podemos decir integrada, o si lo queremos interdependiente. Esto no sólo es importante como misión en el mundo, sino también como vocación personal a vivir una vida según Jesús. Voy a decirlo con un ejemplo relativo a nuestro mundo marista. Hace casi treinta años, en un valle lateral de la ciudad de Quito, en una casa que los salesianos tenían en Cumbayá, el Hno. Basilio Rueda de feliz recuerdo estaba dirigiendo un retiro. En una asamblea respondí una pregunta suya de este modo: creo que el espíritu marista no puede consistir en asumir y vivir un aspecto particular del Evangelio, sino en abrirse a la totalidad del Evangelio desde dicho aspecto particular. La asamblea soltó la risa. El H. Basilio preguntó: ¿De qué se ríen, hermanos? Y siguió: ¿Puede repetir? Yo lo repetí y él dijo: Estoy totalmente de acuerdo con usted. Mi profundización del Evangelio durante estos últimos diez años me reafirma en esto, con mucha mayor seguridad y riqueza comprensiva que hace treinta años.

Habría que adelantar que, en la perspectiva de Jesús, sólo hay un camino de realización del Reino y es el amor noble y gratuito, a Dios y al prójimo. Pero como el amor hay que expresarlo y vivirlo en sus múltiples facetas y situaciones, habría que añadir que todas estas facetas o perspectivas deben acontecer, para que sean verdaderas, en forma integrada o sistémica, de tal modo que al mejorar una en forma real se mejoren todas, y

al perjudicar una se perjudican todas. Mejor dicho, sólo se puede decir que una medida es buena cuando a consecuencia de ella, mejora el conjunto. No basta conseguir un objetivo propuesto, pues el modo como se llega a él puede desgarrar el conjunto de tal manera que en realidad sea un retroceso y no una mejoría. Si se desarrolla una en daño de las otras el conjunto del Reino sufre violencia o destrucción. Como nadie puede realizar todos los aspectos, y tampoco ninguna congregación, esto debe realizarse en términos de complementariedad de las distintas opciones cristianas y de Institutos religiosos. Pero dicho esto, el sentido del todo, expresado por pablo con la metáfora de cuerpo, debe estar claramente presente. Realizar una tarea sin tener en cuenta esta cautela, puede ser a la larga tan dañino como dejar la tarea sin cumplir.

Para situarme con precisión en los intereses que me guían, me limitaré a dos bloques de contenido del espíritu y la misión marista, y sólo en lo que podríamos considerar como un enfoque axiológico/social del Reino. El primer bloque, que contiene varios aspectos juntos, está oficialmente bien señalado. Se trata de la opción por los pobres, la ampliación a los seculares y lo que yo llamaría un enfoque reducido de la sencillez marista: vivir sociológicamente la proximidad de vida de ellos. Lo asumo y sólo añadiré una pequeña observación. En el segundo bloque situaré solamente el complemento de lo que considero debe ser la sencillez marista, vista desde la perspectiva del Evangelio y de su importancia para el mundo contemporáneo más allá del mundo de los pobres.

La vuelta hacia el mundo de los pobres, tanto como la apertura a los seculares, han sido muy bien señalados por el H. Seán Sammon en el discurso de clausura de la séptima conferencia de Provinciales muy reciente. También ha tratado el aspecto que tiene que ver con la sencillez, si bien sólo en relación con la misión relativa a dicho grupo social. Sobre lo primero, sólo me interesa ahora hacer una acotación que nos conecta de inmediato con el segundo aspecto: la opción misional por los pobres debe encuadrarse en otra característica del Evangélico sin la cual esta misma opción carecería de valor: la universalidad del Reino. Es el sentido de universalidad del Reino lo que fundamenta y privilegia a los pobres, justamente porque son los que más sufren una negación explícita de su ser realmente humano. Al mirar el mundo marginal desde la perspectiva de la universalidad del Reino, y desde la perspectiva de una globalidad humana, la misión tiende a ser mucho más rica y profunda, a la vez que escapa a ingenuidades propuestas por ciertas espiritualidades reductoras del mensaje de Jesús a niveles puramente simbólicos, sentimentales o mediocremente significativos. No hay duda que en este campo, como también ha señalado el H. Seán, la sencillez cumple una importante función evangelizadora y de humanización: está pidiendo que la misión adquiera los resultados que realmente buscamos.

Es cierto que los Evangelios, mientras nos presentan a Juan bautista, por su aspecto áspero y profético en lo que come y lo que viste, este asunto no interesa para nada respecto de Jesús. En la perspectiva de Jesús cuenta esencialmente el compartir la vida expresada a través del compartir el alimento. Pero el alimento es una realidad/símbolo del propio Jesús y de la vida que lo hace presente, y no le importa lo que comas o cómo vistas. Sin embargo hay algo de sentido común: si he de vivir principalmente entre pobres, y debo compartir con ellos, no puedo presentarme como una estrella que los humille.

Por otro lado, personalmente considero que, *al reducir la sencillez* al mundo de la misión con los pobres y a una forma de vida similar a la de ellos, perjudicamos seriamente su alcance misional, humanista y evangelizador: a) ignoramos un importante alcance marista de la sencillez; b) ignoramos también una buena parte de su dimensión

evangélica; y c) ignoramos el valor axiológico/social de la sencillez, entendida en sentido marista y evangélico.

Veamos estas tres perspectivas:

- a) **Sencillez marista:** El Hermano Francisco define la sencillez en una circular en función de estas tres expresiones: *transparencia*, *ausencia de caretas o disfraces* y *ausencia de doblez* (hoy día soy muy sensible a la intuición del valor de la transparencia por cuanto estoy sumergido en un trabajo que permite definir ontológicamente la consciencia humana como transparencia del sujeto y mejor aún transparencia del ser en cada sujeto). La sencillez tal como la concibe el H. Francisco consiste en que lo que se haga (el decir es muchas veces, no siempre, idéntico a un hacer) exprese la verdad de uno mismo. La verdad no se refiere al ser mismo sino a su expresión, y el ser esencial, según los primeros versículos del Evangelio de Juan es la Vida. La sencillez ha de ser la verdad de la Vida expresada en lo que se hace. Ninguna urgencia, tarea o mandato tiene derecho a pasar por encima de la expresión histórica de la vida. Si la Vida que vivo en mí mismo es deficiente, esa sencillez es deficiente, pero es la verdad del nivel de Vida que llevo conmigo. Esa Vida ha de expresarse también con justicia, ciertamente, pero si aparente expresar con justicia una vida que no lo es, que no lleva dentro el amor que hace nacer la justicia, esa apariencia es una negación de la verdad, una negación de la sencillez. Ciertamente que la transparencia no es espontaneidad. Esa sería tan sólo la sencillez infantil, no la sencillez madura. La sencillez infantil es la metáfora más limpia de la sencillez, una sencillez ingenua, pero no su realidad madura o evangélica, como veremos. La sencillez madura sólo puede crecer a través de tensiones, pues choca inevitablemente con la malicia y la astucia del mundo que nos envuelve, por fuera y por dentro. La experiencia de la vida, tanto al mirarme a mí mismo como al mirar a mi entorno, me ha hecho ver que cuando el medio o las circunstancias me brindan lo que mi ego busca, no puedo saber qué es lo que realmente me guía en mis acciones. Es necesario ser privado por fuerzas externas de lo que uno busca para verse a sí mismo por dentro y descubrirse en sus verdaderas motivaciones. En el momento en que yo oculto mis verdaderas intenciones al tratar un problema con otro ser humano, me veo obligado a negar un diálogo transparente, e incluso a huir de las posibilidades de diálogo, pues me vería en la necesidad de inventar una tras otra falsedad con el fin de que la verdad no sea descubierta. Cuando estos trucos ponen en juego el valor y la dignidad de las otras personas, no hay duda que el comportamiento trucado, ese tipo de estrategia, alcanza un cierto nivel de criminalidad, y por lo mismo, contraria al Evangelio.
- b) **La sencillez evangélica:** Personalmente considero que las expresiones utilizadas por el H. Francisco para definir la sencillez y que acabamos de comentar, responden con total precisión a la perspectiva de Jesús tal como se nos presenta en los Evangelios. Por ejemplo, la transparencia de la hija de Herodías aflora límpidamente en el hecho de que no sabía qué pedir ante el ofrecimiento de Herodes. Es decir, no poseía intenciones ocultas y no danzó ante los convidados más que por aquello que allí mismo expresó con su danza; todo en ella era confesable: gustar y ser aplaudida. Se mantenía sencilla como una niña. Pero pronto aprendió de la madre que se podía actuar una cosa teniendo bajo el piso deseos inconfesables, ocultos. Es así como se aprovecha de la sencillez ingenua de la niña y pide la cabeza de Juan Bautista. La sencillez ingenua centrada en la mimesis, en la confianza puesta totalmente en la doblez de su modelo, la madre, generó una cadena de acontecimientos tenebrosos inmediatos en la niña:

Primero, el ajetreo de la vida que entró con el deseo, y luego lo violento del deseo mismo copiado a la madre: “*Entró ella en seguida, a toda prisa, adonde estaba el rey, y le pidió: Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista*”) (Mc, 6,25). Este sentido de sencillez evocado por el ser como niños se puede prolongar con nuevos textos y situaciones de los Evangelios, cosa queda para quien desee hacerlo.

- c) **El complemento evangélico de la sencillez:** En el literal anterior hemos introducido ya este complemento necesario. Es necesario que la sencillez sea completada con la sagacidad/prudencia para que no caiga atrapada por los intereses mezquinos de quienes buscan utilizar cualquier medio para lograr sus fines, ya sean estos justificables o no. De hecho pueden haber fines muy justificables que no admiten en absoluto, con sano juicio, los medios que proponen para lograrlos. Estoy hablando de la expresión de Jesús, con pleno apoyo en el sentido común, que nos presenta Mateo, 10,16: “Yo os envío como a ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas”. Esta advertencia de Jesús nos dice con plena claridad que nuestra sencillez no puede ser ingenua como la de un niño, pero sí ha de ser transparente como la de un niño. Indiscutiblemente, esta contraposición sencillez/prudencia introduce una tensión inevitable en la práctica misma de la sencillez, pues esa prudencia ha de serlo frente a la sagacidad, en la que los hijos de las tinieblas son más hábiles que los de la luz. Jesús tuvo que ser astuto para entender las intenciones de sus enemigos y buscar el camino más sensato para sus acciones, tomando en cuenta la perfidia de la oscuridad. La oscuridad nos remite aquí hacia lo que se oculta, lo no transparente, lo que se esconde por interés egoísta o perverso. La sencillez evangélica debe ser astuta como lo es el mundo, pero no para aplicar la mentira o la farsa como táctica, sino para descubrir por dónde viene la mentira y la astucia mundanas, para prevenirla y esquivarlas. La astucia en el caso de Jesús es una contra/astucia, una astucia que se sitúa en un nivel más noble que todas las astucias del mundo, y que, en su forma, no puede ser como las del mundo. No se diferencia de ellas solo por la intención, sino también por su contenido y su proceso.
- d) **La dimensión antropológico/social:** Hablar de sencillez, en el sentido en que estoy hablando, es hablar de un tipo de conciencia que no construye cavernas ocultas en el recóndito mundo de uno mismo, ni de los grupos, ni de la sociedad, que no insta a las instituciones a hacer que prevalezcan las estrategias manipuladoras, por buenas que parezcan sus intenciones, sobre la orientación equilibrada y prudente que hace que lo adecuado sea visible y lo bueno presenciado. Esta sencillez se sitúa en una perspectiva de humanidad, como lo es el Reino de Dios o el nuevo modo humano señalado por la expresión el Hijo del hombre. En un mundo donde todas las estructuras dominantes sociales utilizan todos los trucos posibles para satisfacer sus ambiciones, no podemos reforzar esos procesos con ingenuidad, primero porque nosotros mismos podemos caer en sus mismas tentaciones una vez adquiridas sus técnicas y posiciones similares, y segundo porque generaríamos resultados desastrosos como los que esa lucha por el poder ha creado. Todo abuso de poder y toda corrupción se fundamentan en la toma de conciencia de las posibilidades abiertas a ciertas personas y grupos de poder manipular a ocultas los procesos sociales. Y todo poder manipulador es tentador para cualquiera. La sencillez implica transparencia de metas y de procesos, y si bien las estrategias son caminos eficaces, no pueden pecar de lo pecan las luchas de interés mundano.

La razón fundamental es muy simple: el proceso del reino exige la sencillez como elemento esencial tanto del proceso como de la meta, es una característica del reino, y sólo se llega a ello mediante la expansión de su verdad y no mediante los trucos. En la perspectiva del reino, por lo tanto, los trucos han de ser igualmente transparentes y revisables por el conjunto de los implicados. Y los implicados en un mundo diferente somos todos y todas. La sencillez como modalidad humana de existencia personal y social es una tarea que corresponde a quienes hemos recibido dicho espíritu, y entre ellos somos los Hermanos maristas.

Dicho esto, permítanme hacer algunas reflexiones como resultado de la integración de los aspectos señalados. ¿Por qué este descuido institucional respecto de la sencillez, en el sentido expresado por el H. Francisco? Creo que la respuesta a esta pregunta es por lo menos triple: En primer lugar, considero que este descuido se fundamenta en el desconocimiento de elementos importantes del propio Evangelio de Jesús. La oración es indispensable, ciertamente, pero lo que no agrada a muchos es dedicar un tiempo adecuado al estudio actualizado y serio del Evangelio, y hay cosas que sólo son alcanzables, salvo raras gracias circunstanciales que a veces suceden, si no se utilizan los medios expresos apropiados. Y el estudio concienzudo con buenos mediadores, es uno de ellos. En segundo lugar, por otra ignorancia: creo que no hemos caído en la cuenta de la trascendencia antropológica y social de la sencillez para el mundo contemporáneo, donde los poderes de manipulación se han democratizado tanto como los deseos y ambiciones. Y esto posee un alcance mucho más amplio que el del mundo de los pobres, a la vez que tiene una indiscutible incidencia sobre dicho mundo desde dentro y desde fuera de él. Y en tercer lugar, porque el hecho de poseer estrategias manipuladoras de las personas constituye un medio “muy valioso” en manos de los que llevan sobre sus hombros ciertas responsabilidades. Eso les da seguridad de manejo de situaciones y les permite resolver problemas inmediatos sin necesidad de provocar transformaciones más ricas y profundas de las personas. Además tampoco les exige a ellos una transformación apropiada para resolver las cosas desde una situación más auténtica, o desde una configuración social de los grupos más humana y evangélica. Quien ocupe un puesto de responsabilidad institucional, en cualquier nivel, se vería muy debilitado en sus posibilidades de acción si asume este enfoque de la sencillez, al menos que acepte los retos de ser efectivamente sencillo y a la vez sepa qué es lo que se busca y cómo se debe lograr.

Por ejemplo, parece que el modo como se han llevado a cabo ciertos procesos positivos de cambio, se sustentan en estrategias que, a veces, destrozan en sus raíces aquello que debería ser tan esencial en el proceso como el retorno a los pobres que se está pretendiendo. No voy contra las planificaciones o terapias estratégicas, sino contra la ceguera de no ver que las estrategias pueden, por igual, sanear una situación como deteriorarla; pueden manipular salvando o destruyendo; pueden lograrse unos objetivos o mandatos destruyendo otros aspectos no menos importantes. Sanear una cosa para deteriorar gravemente la otra es absurdo como metodología de terapia institucional. Dicho de otro modo: Las estrategias, tanto dirigidas a una persona como las dirigidas a un grupo, conceden un alto poder manipulador a quien las utiliza, y por lo tanto, se vuelven gravemente ambiguas cuando no son llevadas a cabo con rectitud total y con transparencia, sin descargar contra unos el bien que quiero hacer a otros. Pueden sumergirnos, y a veces creo que se está haciendo, en algo similar a lo que se acusó, por ejemplo, a los conductistas: crear una sociedad o un grupo de personas de clase manipuladora que gobierna a otra clase sumergida en la dependencia y manipulada; la clase de los jugadores y la clase de las piezas. ¿Es ese el camino del Evangelio, aunque

se busquen metas muy nobles? Tajantemente: no fue el camino de Jesús. No sólo las metas tienen que ser evangélicas, sino también los procesos y los medios. La gran tentación puesta de manifiesto por Jesús y que él mismo sufrió, la del prestigio y del poder, puede ser por este lado mucho más dañina de lo que fue en el lado que estamos queriendo curar. No hablo de posibilidades, hablo de cosas que creo estar viendo sobre el terreno.

El mundo, indudablemente, lo vemos por todas las esquinas, está repleto de deseos inconfesables, de manipulaciones de las personas en función del propio interés, en apariencias alienantes de las relaciones interpersonales. Y en el mundo estamos todos. La sencillez evangélica, frente a estas realidades mundanas de las que formamos parte, constituye un aporte esencial a nuestro mundo, una praxis destinada a romper con todas las formas de corrupción escondida tras las cortinas de la legalidad o de las instituciones que manejan las estructuras de decisión y de poder.

En mi opinión, las implicaciones humanas de la sencillez constituyen un aspecto esencial de nuestra vocación marista, y de incalculable valor evangélico y humano para nuestro tiempo. Las buenas intenciones no bastan; los procesos han de ser limpios puesto que son los procesos y el espíritu que los anima, y no las intenciones, las que generan los resultados. Las buenas intenciones sin los procesos evangélicos y adecuadamente humanos, pueden colaborar con las formas corruptas sociales en la destrucción de nuestro mundo. Buscar objetivos buenos mediante procesos que degradan las relaciones, hacen que el Evangelio se divida y luche contra sí mismo, es decir, hace que quienes se adhieren al Evangelio luchen entre sí, ya sea directamente en el campo común donde se proyecta su misión, lo cual sería un grave obstáculo para el Reino: sería un Reino dividido. Algunas buenas intenciones pueden llevar dentro de sí – por falta de transparencia interior- el veneno que degrada el futuro, porque son las acciones reales con el espíritu completo que llevan dentro, confesado o ignorado, las que generan el futuro, y no las buenas intenciones. Los maestros de terapia estratégica saben muy bien que las buenas intenciones son a menudo catastróficas, lo mismo que las medidas de cambio radical. El problema no es tomar medidas radicales, sino tomar medidas apropiadas, a menudo bastante simples, pero generadoras de un nuevo modo de entender y proceder, generadoras de una serie de cambios en cadena.

Si se me pregunta cuál de los dos aspectos señalados (el retorno a los pobres o la sencillez de sentido universal) ha de asumirse como más característico del espíritu marista, respondería, sin lugar a dudas que los dos por igual y en forma inseparable. No establecería preferencias entre ellos.

Estos dos aspectos, por un lado se complementan y por otro se diferencian. Se diferencian por cuanto en el primer caso, de opción hacia los pobres, son éstos el centro de atención preferencial. En cambio, en el segundo caso, el de la sencillez como transparencia, el centro de atención es la humanidad, sin poner fronteras en su destino. Se complementan en el sentido en que lo segundo constituye una fuente inagotable de creación de humanidad capaz de insertar en su seno y dar sentido a lo primero. Por lo tanto, ambos aspectos tienen que ser atendidos por igual, pues ambos responden a la espiritualidad marista. La primera polariza un campo y la segunda lo sitúa en el conjunto.

Hay otra reflexión que me parece necesaria. Una perspectiva doble de la misión establece una cierta tensión indispensable para evitar anquilosarse en el propio dogmatismo. Una definición cerrada de la misión es peligrosa porque dogmatiza una

separación, en cierta medida artificial, de un aspecto en relación con la totalidad del Evangelio y de lo humano. La referencia a la humanidad establecida por la sencillez evangélica y marista tal como ha sido mirada, rompe esa posibilidad y la permite vivir más allá de un círculo cerrado, donde la vida se puede tornar sofocante y el espíritu puede morir. Esa misma tensión está establecida por Jesús mismo al contrastar en unidad, por un lado, la sencillez de la paloma con la prudencia o sagacidad de la serpiente, y por el otro, la dedicación a los pobres y la universalidad del Reino. Esas tensiones deben formar parte inevitable de la vida marista a mi modo de ver y no es en absoluto prudente ni sensatamente sagaz polarizar la solución a un solo camino.